

EL RADICAL

ÓRGANO DEL CÍRCULO LITERARIO DE LIMA

AÑO I

LIMA, 15 DE FEBRERO DE 1889

N. 4

SUMARIO

EDITORIAL. — Miguel Grau, por Manuel G. Prada.....	53
LITERATURA. — Torralba, último poema de don Ramon de Campoamor.....	55
Id. Casamiento y mortaja del cielo baja, por Carlos Germán Amézaga.....	59
HISTORIA. — Una visita á Garibaldi, por José I. de Veintemilla.....	61
CRÍTICA. — Castelar Imposibilista, por Eduardo de Riofranco.....	65
REVISTA DE LA QUINCENA.....	66

Artículos como el que publicamos en seguida son siempre de palpitante actualidad. Por esto, no hemos trepido en insertarlo en las columnas preferentes de EL RADICAL.

LA REDACCIÓN.

EL RADICAL

LIMA, 15 DE FEBRERO DE 1889

GRAU

I.

Épocas hay en que todo un pueblo se personifica en un solo hombre: se diría que el alma de todos se condensa en un solo espíritu para encarnar en el cuerpo de un solo individuo. Grecia se personifica en Alejandro, Roma en César, España en Carlos V, Inglaterra en Cromwell, Francia en Napoleón, América en Bolívar. El Perú del año 1879 no era Prado, LaFuerta, ni Piérola, era MIGUEL GRAU.

Cuando el «Huáscar» zarpaba de algún puerto, buscando aventuras, siempre arriesgadas aunque á veces infecundas; todos volvíamos los ojos al Comandante de la nave peruana, todos le seguíamos con las alas del corazón, todos estábamos con él. No ignorábamos que el triunfo

marítimo rayaba en lo imposible, atendida la inmensa superioridad del enemigo, pero en el orgullo nacional, nos lisonjeábamos de ver en el «Huáscar» un caballero andante de los mares, una imagen de aquél famoso paladín que no contaba sus enemigos antes del combate, porque aguardaba contarlos mejor, después de vencidos ó muertos. Nosotros, legítimos herederos de la caballería y del idealismo españoles, nos adormecíamos con el perfume de las acciones heroicas; en tanto que otros menos ilusos que nosotros y más imbuídos en las máximas del Siglo, desdeñaban el humo de la gloria y se engolosinaban con el succulento manjar de las victorias fáciles y baratas. Y ¡merecíamos disculpa!

El «Huáscar» forzaba los bloqueos, daba caza á los trasportes, sorprendía las escuadras, bombardeaba los puertos, escapaba ileso de las celadas ó persecuciones, y, más que nave, parecía un sér viviente, con el vuelo del águila, la vista del lince y la astucia del zorro. Merced al «Huáscar», el mundo, que sigue siempre la causa de los vencedores, olvidaba por intervalos nuestros recientes desastres y nos quemaba incienso: merced al «Huáscar», los corazones menos abiertos á la esperanza y más desilusionados con la tradicional ineptitud de nuestros gobernantes, sentían de cuando en cuando el calor del entusiasmo y recobraban el generoso estímulo de sacrificarlo todo por la patria; merced al «Huáscar», en fin, el enemigo extranjero se desconcertaba en sus planes, tenía vacilaciones desalentadoras y conocía el despecho de la vanidad humillada, porque el Monitor, vigilando las costas del Sur, asomando el instante en que menos se le aguardaba, parecía decir á la ambición de Chile: «Tú no pasarás de aquí». Todo esto debimos al «Huáscar»; y el alma del glorioso Monitor era MIGUEL GRAU.

II.

Nació MIGUEL GRAU en Piura el año 1884. Nada notable ocurre en los albores de su exis-

tencia: sólo merece consignarse que después de recibir su primera educación en la Escuela Náutica de Paita, se trasladó á Lima, donde tuvo por maestro al arrebatado y sentimental poeta español, Fernando Velarde.

Muy pronto debió hastiarse en la prisión del colegio, cuando al frisar en la adolescencia, opta ya por carrera de marino y pisa la cubierta de un buque mercante. Seis ó siete años navegó por América, Europa y Asia, adiestrándose en la ciencia del mar, hasta ser digno de ingresar en la armada del Perú. ¿A qué seguir paso á paso la carrera del Guardia marina en 1857, del Capitán de navío en 1873, del Contra-almirante en 1879?

La popularidad de Grau empieza, al encenderse la guerra contra Chile. Antes pudo confundirse con sus compañeros de armas ó diseñarse confusamente con las figuras más notables del cuadro; pero en los días amargos de la prueba, se pintó de cuerpo entero, se destacó sobre todos, los eclipsó á todos. Fué comparado con Noel y Gálvez; disfrutando, como Washington, la dicha envidiable de ser *«el primero en el amor de sus conciudadanos»*. El Perú todo le apostrofaba como Napoleón á Goethe: *«Eres un hombre»*.

Sencillo, arraigado á la tradición religiosa, ageno á las dudas del filósofo, hacía gala de buen cristiano, y, como el último de los pecadores arrepentidos, demandaba la absolución del sacerdote católico antes de partir acompañado por la bendición de todos nuestros corazones. Siendo, pues, sinceramente religioso, no conocía la codicia, esa vitalidad de los hombres yertos, ni la cólera violenta, ese momentáneo valor de los cobardes, ni la soberbia, ese calor maldito que sólo engendra víboras en el alma. A tanto llegaba la humildad de su carácter, que, hostigado un día por las alabanzas de los necios que pululan siempre en derredor de los hombres de mérito, exclamó: *Vamos, yo no soy más que un pobre marinero que trata de servir á su patria*. Por su silencio en el peligro parecía hijo de otros climas, pues nunca daba indicios del bullicioso atolondramiento de las razas meridionales. Si alguna vez hubiera arengado á los suyos, habría dicho como Nelson en Trafalgar: *«La patria confía en que todos cumplan con su deber.»* Hasta en el trato familiar se manifestaba sobrio de palabras: lejos de él esa verbosidad que falsifica la elocuencia y remeda el talento. Hablaba como anticipándose al pensamiento de sus interlocutores, como temiendo desagradarles con la más leve contradicción. Su voz, de timbre femenino, contrastaba notablemente con sus facciones varoniles y toscas. Este marino, forjado en el yunque de las almas fuertes, inflexible en aplicar todo el rigor de las ordenanzas, se hallaba dota-

do de una sensibilidad exquisita, amaba con delirio á sus hijos, tenía marcada predilección por todos los niños. No es rara la simpatía de los hombres grandes por el corazón hacia los hombres pequeños por la edad: un filósofo de Grecia jugaba públicamente con los muchachos de las escuelas y Victor Hugo, el primer poeta del Siglo, se hacía cabalgar por sus nietos. Como la flor de sus virtudes, trascendía la resignación: nadie conocía más el peligro; y marchaba de frente, con los ojos abiertos, con la tranquilidad en el semblante. En él, nada cómico ni estudiado: personificaba la naturalidad. Al ver ese rostro leal y abierto, al coger esa mano encallecida y áspera, se palpaba que la sangre partía de un corazón noble y generoso.

Tal era el hombre que, solo, en un mal artillado buque, con una marinería inexperta, se vió rodeado y acometido por toda la escuadra chilena el 8 de Octubre de 1879.

III.

Si á los más ciegos adoradores de Grau, se les hubiera preguntado qué exigían del Comandante del Huáscar" el 8 de Octubre, todos habrían respondido con el personaje de Corneille: *¡Que muriera!*

En el combate homérico de uno contra veinte, pudo Grau rendirse al enemigo; pero no había nacido para mendigar la vida en la escala de los buques vencedores. De que manera murió lo sabemos todos: es inútil referirlo aquí.

Grau recibió un mal armado buque, y no pudiendo devolver la nave, murió luchando, nos legó su cadáver mutilado. Otros se adueñaron de tesoros, de escuadras, de ejércitos; y ¿qué han devuelto á su Patria?

Necesitábamos el sacrificio de los buenos y de los humildes para borrar el oprobio de los malos y de los soberbios. Sin Grau, Bolognesi ni otros cien ¿qué sería de nosotros? Si no hubieran existido Huamachuco, Angamos, Arica ni Tarapacá, ¿tendríamos derecho de presentarnos faz á faz de las naciones? ¡Qué escándalos no dimos al mundo, desde las ridículas escaramuzas hasta las inexplicables dispersiones en masa, desde la fuga traidora de los primeros caudillos hasta las sediciones bizantinas, desde las tristes arlequinadas de los héroes funambulescos hasta las maquinaciones subterráneas de algunos *desgraciados* cuyo nombre no es posible entregar hoy al anatema de los buenos peruanos y á la ignominia del Universo!

Juzgarán algunos intemperancia de lenguaje lo que en este momento escuchan, pero la verdad brota involuntariamente de los labios cuando el corazón no encierra una sangre clorótica

y degenerada. ¿Hasta qué tiempo consentir la más infame de todas las confabulaciones, la confabulación del silencio? ¿A qué debilitar al pueblo con el licor estimulante de la mentira, si conviene más robustecerle con el vino generoso de la verdad? Hoy celebramos el aniversario de nuestra emancipación política; y el mejor modo de honrar la memoria de los grandes hombres será siempre decir las grandes verdades.

Si la ambición descarada de los unos, si la traición hipócrita de los otros, si el menguado patriotismo de todos ellos se conjuran hoy para seguir salpicándonos de lodo y sangre; apartemos la mirada de lo presente y convirtamos los ojos á los hombres privilegiados que por sí, y sólo por sí, nos dieron honor, ya que por culpa de otros no alcanzaron á regalarnos la victoria. Regocijémonos, si es posible: la tristeza de los injustamente vencidos conoce las alegrías sinceras, así como el sueño de los vencedores implacables tiene sus despertamientos amargos, sus pesadillas horrorosas.

La columna rostral erigida para conmemorar el 2 de Mayo, se eleva coronada por la victoria señalando el cielo, es decir, la región impasible, que no escucha los ayes de las víctimas ni las imprecaciones de los verdugos.

El monumento que algún día consagremos á MIGUEL GRAU, ostentará en su parte más encumbrada un coloso extendiendo el brazo derecho, en actitud de señalar los mares del Sur.

Catalina de Rusia fijó en una calle meridional, de San Petersburgo, un cartel que decía—*“Por aquí es el camino á Constantinopla”*.

Cuando la infatigable raza eslava cede al impulso de caminar hacia las *“tierras verdes”*, ¿no recuerda las tentadoras palabras de Catalina? Si Grau se levantara hoy del sepulcro nos diría.....Es inútil repetir las palabras del Héroe: todos adivinamos ya qué deberes hemos de cumplir, hacia donde tenemos que dirigirnos mañana.

MANUEL G. PRADA.

1885.

LITERATURA

TORRALBA. (1)

ÚLTIMO POEMA DE DON RAMÓN DE CAMPOAMOR.

(Introducción.)

I

Obediente á tu voz, Andrés Mellado,
canto á Eugenio Torralba, el Licenciado,

(1) Este poema lo ha escrito Campoamor, el año 1888. Se vende en librería á 60 ct. plasta; pero no hay un solo ejemplar en las de Lima.

idólatra del viejo Pirronismo,
y médico famoso dedicado
á sondar el abismo
de esa fuerza sin nombre, que gobierna
lo que él llamaba la *materia eterna*,
que viene de lo mismo y va á lo mismo!

II

Estudió mucho y bien; mas poco á poco
conoció, de las ciencias en desprecio,
que, si el dudar le tornaría necio,
la mucha fe le volvería loco.

De la ciencia escolástica aburrido,
dejó por el amor la teología,
y, cual todos, en física sabía
que el sol es un reloj bien construido.

III

Torralba, como Sócrates, tenía
un genio familiar, más ángel que hombre,
que, aunque llevaba de Ezequiel el nombre,
fue llamado Zaquiel por eufonía.

El genio familiar, rubio y hermoso,
por andar perezoso
en ir un día á la región más alta,
hasta purgar su falta
fue del cielo á este mundo desterrado;
pero él, contra el decreto revelado,
se atrevió á sostener con entereza
que tan sólo es pecado la pereza,
si se une á la pereza otro pecado;
y al mismo tiempo este rebelde quiso
dar al mundo las pruebas
de que á un ángel artista, le es preciso
dejar el paraíso por las Evas,
cuando ellas valen más que el paraíso.

IV

Murió una niña, envidia de las rosas,
y, al alborear de un día en que la luna
aún hacía fantasmas de las cosas,
para llevarla á Dios desde la cuna,
cuatro ángeles bajaron,
la vieron, la besaron,
y luego, alzando el vuelo,
el alma de la niña se llevaron,
de los cuatro, tres ángeles, al cielo.

Cuando subió aquel coro, indescriptible
por su increado hechizo,
Zaquiel, el ángel cuarto,
de bienandanzas sin dolores harto,
mirando en un jardín cierta belleza,
del cielo se olvidó por su hermosura;
porque este ángel tenía la flaqueza
de morirse en el cielo de tristeza
por falta de museos de escultura.

Así es que cuando quiso
á la puerta llamar del paraíso;
gritó una voz severa, aunque querida:
—«por tu falta de celo,
ó no entrarás jamás en nuestro cielo,
ó vendrás con otra alma redimida.»—

A Zaquiél desde entonces el Eterno
le permite que viva libremente
á elección, en el mundo, ó en el infierno,
lo que es igual, aunque es tan diferente;
y, ya en éste, ó en aquél, cuando quería,
era un ángel del cielo, que vestía
capa encarnada sobre negro traje;
y para hacer de diablo, se ponía
capa negra y de púrpura el ropaje;
y siempre aventurero
seguía la conducta descreída
de Eugenio de Torralba, el caballero
que en los juegos de azar perdió el dinero,
y en los lances de amor gastó la vida.

V

Tuvo Torralba hasta su edad madura
costumbres en amor algo paganas;
y al saber por personas muy cristianas
que, según la Escritura,
todo patriarca era un don Juan con canas,
con frecuencia decía;
—«poniendo por apuesta la belleza,
Dios y el diablo jugaron mi cabeza,
y el diablo la ganó, por dicha mía.»—
Y en conclusión, al ver que en la existencia
con eterna sonrisa
supo llevar al aire desplegada
la bandera que ostenta la divisa
qué dejó Sardanápalo grabada:
—«Come bien, bebe más, goza de prisa,
porque esto es todo, y lo demás es nada.»

CANTO PRIMERO

LA MUJER AMA Á UN ÁNGEL.

I

Exento ya del celestial fastidio,
Zaquiél amó en la tierra como un loco,
aunque, según Ovidio,
el que ama demasiado, aún ama poco.
Y todo esto pasó muy fácilmente.
El día aquél por el extremo oriente
madrugó como nunca la mañana,
y á su luz más temprana
el buen Zaquiél al levantar del suelo,
con los otros tres ángeles, el vuelo,
mira otra niña de la aurora hermana,
en un jardín que era un rincón del cielo.
Y ¡qué mujer! hasta las mismas flores,
para hacer más honor á los amores
de aquella encantadora castellana,
ponían en abril en su ventana
un traje de rosales trepadores.
Y al mirar que en su cara interesante
las pupilas sus ojos se comían
después que ya en el rostro en que lucían

se comían sus ojos el semblante,
trazando con placer giros inciertos
enfrente de la joven hechicera,
el ángel se quedó como un cualquiera
con la boca y los ojos mujabiertos.

II

Mientras Zaquiél repara
esa forma indecisa
de los hoyos fugaces de su cara
que se van y se vienen con la risa.
mezclada con la luz del firmamento
advierte Catalina
una figura humana, esto es, divina,
que llega con el viento y como el viento.
Viendo al joven delante,
que es como un alma en oración constante,
la niña de mejillas sonrosadas
más frescas que claveles primerizos,
y que tenía al aire desatadas
las flotantes guirnaldas de sus risos,
echa hacia atrás su cabellera de oro
para hacer un saludo
á aquel niño de coro
grueso, blanco, sin barba y mofetudo;
y al sentir en el viento
batir de alas del ángel que llegaba,
ella los ojos con pudor cerraba
por no dejarse ver ni el pensamiento.

III

Se habla de amor la angelical pareja,
y se expresan los dos tan claramente
con la misma verdad con que refleja
los objetos el agua de la fuente;
pues se junta á sus almas aniñadas
una conciencia pura,
juventud, inocencia y hermosura,
¡Tres cosas adorables y adornadas!
Todo á admirar convida
el celestial cariño
de una niña y un niño
que ignoran los secretos de la vida.
Y amando como no aman los humanos,
con un amor sin celos,
son dos niños cogidos de las manos,
son dos flores caídas de los cielos.

IV

A estos seres queridos
por el amor y la inocencia unidos,
no se asomaba el alma todavía
á la vida exterior por los sentidos,
pareciendo su cándida alegría
la risa de dos ángeles dormidos.
Los que miraban su sonrisa atentos
sin oír sus acentos,
aunque no los oyesen, les veían
los diálogos de ideas que tenían

con ojos en que hervían pensamientos;
y al mirar tan ociosas
unas bocas más frescas que dos rosas,
muy pronto se adivina
que aún tenían Zaquiél y Catalina
la celeste ignorancia de la cosas;
y así se están los dos acariciando,
sin impureza alguna,
pues son el ángel y la niña amando
dos niños jugueteando en una cuna.

V

Para el sentido que el amor abraza
pasa lo eterno y lo terreno queda;
mas para el alma que el amor hospeda
queda lo eterno y lo terreno pasa.
Por eso más que el goce, á un alma pura
le atrae la inocencia y la hermosura,
y por eso en la vida
el éxtasis de amor el cuerpo olvida;
y así ella y él con inefable calma,
se cuentan sus amores de alma á alma
con frases de abstracción puras y frias,
creyendo que un amante es el modelo
de un ángel que nos trae desde el cielo
expresiones de Dios todos los días.

VI

Mas como no hay amores
que sólo vivan de aire y de oler flores,
llegó ¡quién lo diría!
el crepúsculo oscuro
de ese terrible día
en que el amor más puro
al corazón ya fatigado hastía,
y á tiempo en que los dos á una ventana,
platicando de amores,
estaban á la luz de otra mañana
lo mismo que en un tallo están dos flores,
Torralba con sonrisa confiada
mira envidioso la labor divina
de un alma por otra alma acariciada,
y que envuelve Zaquiél á Catalina
en el baño de luz de su mirada;
y seguro el experto licenciado
de que Zaquiél con su infantil semblante
debía parecer, por lo agraciado,
á todas las mujeres repugnante,
ganándole á su genio por la mano,
Torralba que es católico pagano
á quien gustan las santas bien formadas,
quiere con sus miradas
á Zaquiél suplantar como un villano,
y mirando atrevido
á la gentil doncella,
pretende sepultar en el olvido
aquel cariño neutro de él y de ella.

VII

Y en tanto que con vívida mirada
la ve con ojos de codicia extraños,
ella vuelve la cara avergonzada,
pudor muy natural á los quince años.
Pero sintiendo luego
del amor los ardientes extravíos,
aunque azules y frios
sus ojos poco á poco echaban fuego,
y es que sin duda alguna
aunque está de Zaquiél enamorada,
ya al sentir de Torralba la mirrada
se va inclinando á otra mejor fortuna.

Y aunque ella en la ilusión de su arrebató
juzga en su pensamiento
que el mundo es un convento,
y el amor un perfecto celibato,
embriagada en su idea,
entre el ángel y el hombre, bambolea,
porque ¡oh materia vill! cómo avasallas
al corazón amante,
cuando el alma y el cuerpo, en sus batallas
aquella dice «atrás!» y éste «¡adelante!»

VIII

Y adelantó; pues como en ella había
al volver la cabeza algo de infanta,
le echó á Zaquiél una mirada fria,
y helados se quedaron aquel día
los amores de un ángel y una santa.

IX

Es natural; yo os juro por mi nombre
que hay quien encuentra justo
que, una muger de gusto,
entre un ángel y un hombre, escoja al hombre

CANTO SEGUNDO.

LA MUJER DEJA AL ÁNGEL POR EL HOMBRE.

I

No hay Hércules que venza á la ternura,
y es un tiempo perdido
sentir un hambre de conciencia pura,
si un corazón, por el amor herido,
fermenta como el pan con levadura!
Desde el fatal momento
en que mira á Torralba Catalina,
por la primera vez su alma ilumina
la luz de un encendido pensamiento.
Torralba es de esos hombres atrevidos,
que si no se las dan, toman las cosas,
que después que robó varias esposas,
las volvió á regalar á sus maridos.
Este hombre sin ventura
se educó en seminario, y salió ateo,
y, aunque algún día, creo
que al salir de una orgía, se hará cura,
deduciendo aquella alma fermentada
que la conciencia es una gran quimera,
la echó al mar en seguida,
logrando aligerar de esta manera
la carga de la nave de la vida.
Buscando en sus acciones,
sin reparar en medios, la fortuna,
variaban en moral sus opiniones,
y no habiendo más que una,
como todo el que estudia religiones
se quedó al fin del curso sin ninguna.

II

¿Y Zaquiél? ¡quién lo sabe! se murmura
que para irse al infierno se echó al río,
por no causar á Catalina hastío,
pues nadie se figura
ese dolor sin nombre
que aflige á una mujer, aún siendo pura,
que encuentra un ángel, cuando busca a un hombre.

III

Fué Torralba un doctor en hechos reales,
pero también, leyendo poesía,
muchas veces el pícaro bebía
el licor de los sueños inmortales,
pues tal pasión, en lo que admira, emplea,
que al ver la causa real de sus amores,
le parece que escucha, entre fulgores,
el ritmo de su talle cuando ondea.
Y desde el punto en que á sentir empieza
de su deseo el celestial martirio,
ya ve de Catalina la belleza,
primero sin delirio y con pureza,
y después sin pureza y con delirio.
Dije bien, sin pureza. No hay ninguno
que renuncie en amor á lo grosero,
que el hombre es medio diablo, y hay alguno
que podría pasar por diablo entero.

IV

Torralba que era joven y gallardo,
quería sin retardo
la senda del placer cruzar aprisa;
y así como Abelardo
enseñó metafísica á Eloisa,
obligó á Catalina á que aprendiese
que el amor es el cielo, hasta en el cielo,
y á ser tan fiel que con el tiempo fuese
una gran pecadora que pusiese
la virtud por carnada en el anzuelo.
El predica á las jóvenes hermosas
que todo nos lo enzeña la experiencia,
y que ignora la ciencia
los lazos impalpables de las cosas.
Así es que blanca, y colorada luego,
aprendió que es amar gurar con fuego,
y en ciencias, estudiando hasta el martirio,
llegó sólo á saber, como el más lego,
que al sublime Pitágoras el griego
le gustaban las habas con delirio.
Aunque él era un escéptico evidente,
si he de decirnos la verdad desnuda
dudaba de su duda, y, francamente,
mas bien que un descreído, es un creyente
quien duda de la causa de su duda.
Educaudo Torralba á Catalina,
poco á poco la lleva
á aprender la doctrina
de esa escuela de amor del tiempo de Eva,
pues es para Torralba un gran axioma
que, más bien que los ojos, ven las manos,
y cree como el Korán, y otros cristianos,
que no hay cielo mejor que el de Mahoma.
Enseñada por él, ya ella confiesa
que es la vida el amor en movimiento,
y se hace, aunque muy cauta, más traviesa
que una niña educada en un convento.
Si aún es casta, faltando á sus deberes
ya aspira al frenesí de los placeres;
y yo, que alguna vez las idolatro,
conozco por sus varios pareceres
que hay en cada mujer, ocho mujeres,
donde cuatro desmienten á otras cuatro.
Es muy malo el amor sin inocencia,
mas prueba lo contrario la experiencia,
y el hombre es un gran necio
mientras no llega á descubrir su ciencia
que todo es arrastrado en la existencia
por esa fuerza oculta de Lucrecio,
que llamaba Bossuet la providencia.

V

Varió de amor la hermosa Catalina,
mas su sexo varió de igual manera
desde aquel día del diluvio, en que era
el Moncayo una roca submarina;
y seguirá variando
hasta que un oceano sin orilla,
los montes y los valles nivelando,
vuelva de nuevo á hacer, el tiempo andando,
lecho del mar los llanos de Castilla!

VI

Pese á nuestra pureza,
al que en amor se abrasa,
aun que deje su cuerpo el alma en casa,
la sangre se le agolpa á la cabeza;
y es que, tirana de hombres y mujeres,
venciendo su flaqueza
les obliga á cumplir con sus deberes,
la siempre racional naturaleza.
Pido para ella la piedad divina,
porque hoy nos probarán de Catalina
los grandes devaneos
que nuestra alma se inclina
hacia el lado brutal de los deseos,
y por eso, al mirar á un hombre enfrente,
pasó del polo al ecuador la mente
de la casta doncella,
y luego comenzó naturalmente
la llama del amor á arder en ella.

VII

Aun que era tan discreta,
por los deseos Catalina inquieta,
á fuerza de inquirir en lo profundo
va siendo una filósofa completa
que sólo cree en la gloria de este mundo.
Y, cual todas las almas ardorosas,
la niña obedecía
y esa gran ley que Cicerón decía
que abarcaba los tiempos y las cosas.
Faltará Catalina á sus deberes,
mas no haría otra cosa
la madre de Citeres
que era, siendo una diosa
la mujer más mujer de las mujeres.
¡Oh, deidad del placer, la única eterna,
que todo lo gobierna y desgobierna!
¡Tú al cielo y á la tierra de igual modo
haces sentir un invencible halago,
después que sepultaste en un gran lago
de polen fecundante el orbe todo,
en aquel día de expansión dichosa
en que trazó el camino de Santiago
con leche de sus pechos una diosa!

VIII

Zaquiél, volviendo del infierno un día,
surgió por las alturas de una sierra,
y dejando la cumbre, que tenía
nieve del día en que nació la tierra,
bajó y se puso de Torralba enfrente
de pie sobre una roca,
y riéndose de él siniestramente
bajando los extremos de la boca,
ya vestido de diablo, y ya seguro,
de que en amor robar es un derecho,
cruzando los dos brazos sobre el pecho
pensó en vengarse, y exclamó: «¡lo juro!»
Y al verse por el diablo requerida

la inconstante doncella,
con su mente de luz ya ennegrecida
tuvo la noche aquella
un sueño que calló toda su vida.
Esta mala cristiana
sintiendo ya la tentación innoble
de que en la vida humana
la embriaguez en la culpa es placer doble,
locamente entregada
á delirios de amor abrasadores,
por el diablo de nuevo fascinada
ya profesa en amores
el lema de los héroes—«todo, ó nada.»—
¡Gran Dios! ¿será posible que como antes
varíe, en detrimento de su gloria,
y acepte hasta á los diablos por amantes?
¡Si es así, no hay memoria
de que guarden horrores semejantes
los abismos de infamia de la historia!
Y esto, que es tan horrible, es lo probable,
pues, calumniando al sexo más amable,
hay quien dice esto en nombre
del gran Gentil que se llamó San Pablo:
—«La mujer es de Dios, si no es del diablo,
pero nunca es del ángel, ni del hombre.»—

CASAMIENTO Y MORTAJA DEL CIELO BAJA

Por Carlos Germán Amézaga

(Conclusión.)

MIGUEL— Tan discreta
contestación, merecía
que yo á sus pies me tendiera! (alto)
De poder llamarme suyo
merezco la dicha inmensa?
LUISA—Suplícole á U. que no hable
en voz muy alta; la reja
es traidora (Mister Williams
no tarda ya en dar su vuelta)
ROBERTO— (Bribonaza! eso le dice
porque no oiga sus ternezas.
Vive Dios que cuando salga
de esta infame ratonera
he de escribir una sátira
cáustica, amarga, sangrienta,
en que hunda á los militares
y á las mujeres coquetas)

ESCENA 10.

D. ANTONIO-Dichos

D. ANTONIO—Aquí está la obra en cuestión.
Ve; Miguelito, se expresa
de una manera brillante
en tan difícil materia.
El alcance superior;
la precisión; la fijeza;
el calibre... ¡oh! es espantoso!
Nadie en mis tiempos creyera
que tanto avanzara el arte
de aplastarse la cabeza.
(leyendo) *Ventajas del cañón Amstrong
sobre los demás sistemas.....*
(ap á Miguel) (Y, mucho has adelantado?
Dócil la chica se muestra?)
MIGUEL—Así Así.....
D. ANTONIO— Mira este corte
de cañón
MIGUEL— Hermosa pieza!
El francés nunca le iguala.
LUISA—[recogiendo un papel; de la ventana](De la arti-
lleria inglesa

este es el mejor disparo.
Tres pasos hacia la izquierda
cayó el proyectil de amor
que D. Guillermo me asesta)

D. ANTONIO—El cañón de ánima liza
era una cosa imperfecta.....
MIGUEL—Ya lo creo D. Antonio:
Con aquellos no pelean
sino los peruanos.
D. ANTONIO— Mira.....
(Lanzate á la bayoneta
la chica es tuya.)
MIGUEL— (Me alegro)
D. ANTONIO—Murió ya para la guerra
el obús. Las culebrinas....
ROBERTO—(Si; no era mala culebra
tu sobrina!)
D. ANTONIO Nunca alcanzan
lo que un Krupp; y esto es que en tierra
solo el cañón alemán
ha dado ventajas ciertas.
Para la marina, el Armstrong
sin disputa.
LUISA— Denle cuerda
y estará toda la tarde
gesticulando.)
D. ANTONIO— Esta mesa
figúratela un blindado.....
LUISA— (¡Ay! que apuro!)
ROBERTO— (Santa Tecla.)
D. ANTONIO—Orza á estribor.....
[¡álala y descubre á Roberto.]
MIGUEL— Aquí un hombre!
LUISA— (Voy á morir de vergüenza!)
D. ANTONIO—Cómo es esto? ¿yo he perdido
la vista? Pronto, Manuela
sácame la carabina
pues sin consejo de guerra
le fusilo. A quién buscaba?
Contésteme pronto.—Vieja
del mismísimo demonio;
aunque sea la escopeta
ó un cuchillo... A ver tu espada
pídesela á Miguel quien se la niega)
MIGUEL—Cálmese señor; que pueda
explicarnos su conducta.
Nada hacemos con rabetas.

ESCENA 11ª. y última

D. ANTONIO. D^a. MANUELA. LUISA.
Miguel. Roberto

Da MAN—Se quema la casa? He oído
tales gritos.....
D. ANTONIO— Buena fíema!
Lo que hay es que he sorprendido
allí á este mozo escondido.
Da MAN—Luego hay quema.
D. ANTONIO. Quien se quema
soy yo, que estoy requemado
con él y usted.
Da MAN— Qué te ofende?.....
D. ANTONIO—Será algún enamorado.
suyo?.....
Da MAN— ¡Ay, señor
MIGUEL— A escapado
del maniconio trasciende.
D. ANTONIO—Usted de mi honor guardián
respóndame.
ROBERTO— (Voy á hacer
de tripas alma) Me dan
licencia? Es muy justo afán
el que me lleva á exponer
mi conducta.....
D. ANTONIO— Hable.
LUISA— (No aguanto
la ventilación del juicio. (quiere irse)
D. ANTONIO—Adonde bueno? Inter tanto
(la detiene)
se explica el hecho, aquí planto
el cerco.
LUISA— (Qué sacrificio!)
ROBERTO—Después que diez mil temores
apuré y ansias mortales
bañándome en los ardores
de esos ojos seductores
y que no tienen iguales,
entré resuelto á pedir
á U. la mano de Luisa;

mas cuando le ví venir
tal gana me dió de huír
que me oculté allí de prisa.
Que el corazón siendo presa
de miedo descomunal
se esconde uno más que a prisa
no digo bajo una mesa....
en el forro de un misal!
Usted mismo, si señor,
militar que peleó en *Tarqui*
sabr  ya lo que es temor....
Quién no depone el valor
para que no le hagan *charqui*?

D. ANTONIO—Habr  insolencia!

ROBERTO— Soy hombre

harto tímido quizás;
pero, sin que esto le asombre,
tengo por fortuna un nombre
que disculpa eso y aún más.
Me llamo Roberto Aniz,
escritor de gran provecho,
conocido hasta en Paris
de tanto ru n aprendiz
de literato,   despecho.
Paso mi tiempo escribiendo
obras de inmensa importancia,
las cuales si aquí no vendo
se est n ya reproduciendo
en Prusia, Inglaterra y Francia.
En cada vapor de Europa
me llega un mill n de esquelas
de toda esa noble tropa
de escritores, que galopa
con las modernas escuelas,
Victor Hugo; *Rabelais*;
Emilio de Girardin

Boileau; Guizot; Lamennais
me escriben:  por qué mor is
en un país tan ru n?

Y yo les respondo: amigos,
vuestra amistad me es sagrada;
pero nací en estos trigos,
y aunque me alimento de higos,
no los dejar  por nada.
 Ah!... con tanto recordar
me olvidaba de la cola:
se me acaba de nombrar
miembro inútil titular
de la Academia Española.
Y tanto renombre y fama
no excitan otro interés
en el vate á quien se aclama,
que poner el oriflama
de su sobrina   los pies

D. ANTONIO— Eso qué me importa   mí?

 Por eso derecho tiene
de penetrar hasta aquí
como un.....

ROBERTO.— Romeo; s , s ;
que por su Julieta viene.

D. ANTONIO—Este hombre es loco....

ROBERTO— De amor;

de un amor que ya es delirio:
y será sin su favor
no laurel de vencedor
sino palma de martirio.
Tengo además esta prenda
que la dicha me asegura (desprendiéndose el
floripondio)

MIGUEL— Usted Luisa?

Da. MAN— Qué fachenda!

D. ANTONIO—No tiene esta moza enmienda

LUISA.— Ay! qué situación tan dura!

El señor se ha equivocado:
indignamente blasona
de lo que si yo le he dado,
fué por burla.

MIGUEL— (Averiguado;
es una gran coquetona)

ROBERTO.—Luisa, pongo por testigo
  Dios.....

D. ANTONIO— Silencio!

Da. MAN— Qué empaque

de mozo! si cuando digo
yo que son el enemigo
estos hombres.....

D. ANTONIO— Badulaque!

MIGUEL.—(cavilando) (Solos tuvieron que estar
los dos, poco escrupulosos;
y aunque fuera por jugar,
ello es muy de recelar.....
Hay juegos tan peligrosos)

Da. MAN—[ap.   Luisa] Hija cómo permitiste?

LUISA—(ap.   Da Man) El es que se entr  dere-
cho

cuando menos lo pens ....)

ROBERTO— ( Ay triste!

No se que haga si me embista.

Si hubiese araña en el techo. (mirándolo)
diera un brinco.)

MIGUEL— Don Antonio

me alegro mucho, infinito
del lance; he sido un bolonio
ocurriendo al matrimonio
sin el primer requisito.

D. ANTONIO—Qué requisito es aquél

MIGUEL— El conocimiento pleno

de la persona; sin él
podemos tomar por miel
el horroroso veneno.

Tras la primera impresión
que los sentidos halaga,
hay más de una condición
que exige un leal corazón
para que se satisfaga.

En la mujer la belleza
es flor silvestre, inodora
siempre que no la remeza
de cierta noble entereza
brisa purificadora.

Por eso con gran dolor
noto en su linda sobrina
que le falta lo mejor.....
 Ay! si; que es flor sin olor
ella, la flor purpurina!

D. ANTONIO—Un poquito más que franco
andas Miguel.

MIGUEL— Tal vez.

Da. MAN—(con amargura) S !....

ROBERTO—(Por lo visto, aquí me estanco.)

LUISA.—(Tosco! ... Y ha dado en el blanco
de mi genio baladí) (con cierta pena)

MIGUEL—No tarde comprendí el yerro
de mi aspiración temprana:
el trato anterior, no cierro.

D. ANTONIO— (fuera de s ,   Luisa) Me has dejado
como un perro

mujeroita casquivana!

MIGUEL—Y siempre tendrá presente

que nuestra aceleración
torpe de puro imprudente,
ha creado fijamente
tan cómica situación.

Obrar así sin fijarse
en ningún ceremonial
por brevemente casarse,
puede en el día llamarse
monomanía social.

Sí; este pícaro vapor
impera en reino tan vasto
que hasta en el ramo de amor
ha extendido su furor
en pro del tiempo... y del gasto.

—“ Me quieres? ”—“ Correspondido—

—Tus bienes serán gran cosa

—Algo como t . ”—Concluido,

chica; ya soy tu marido;

—Hombre pues ya soy tu esposa”

Y queda ejecutoriada
la contrata de partida,
como quien no dice nada
para hacer de una tirada
todo el tirón de la vida.

Que hoy día no se enamora
sino se engancha pareja,
cual veloz locomotora
que toma un carro   tal hora
y   tal otra me lo deja.

Así no es extraño ver
de estos enganches violentos
en el furioso correr
ya de marido   mujer
muchos descarrilamientos.

Sinceramente me acuso
yo mismo de haber caído
en el mal que ahora recuso;
pero este hombre se interpuso
y..... le estoy agradecido (con sarcasmo)

D. ANTONIO—Miguel, no es posible, no
que así renuncies.....

MIGUEL— Lo he dicho.

Da. MAN—Ves todo en lo que par ?

D. ANTONIO—La culpa me tengo yo

por mi estúpido capricho.
 [á Luisa] Al Buen Pastor vas á ir
 muñeca desorejada.
 LUISA—¡Ay! señor! Tras de sufrir
 este bochorno he de oír
 que me insulten?
 D. ANTONIO— Desgraciada!
 LUISA—No, que también es lisura
 de tal modo se me oprima,
 ¿A caso estoy tan madura?
 El casarme no me apura;
 hay muchos novios en Lima.
 Da. MAN—Una vez que el Señor Roca
 retrocede sin razón
 y tus méritos apoca,
 Don Roberto.....
 LUISA—Qué? Estás loca?.....
 Y o con este candidón?
 ROBERTO—Muchas gracias [Roberto dará un brinco y
 se abanicará con el sombrero]
 LUISA— No hay de qué
 [á Miguel] Hoy mi discrecion ninguna,
 ocasión ha dado Usted
 señor, para que me dé
 la lección más oportuna.
 Cállate amor propio herido,
 y vé tú, razón, bien claro
 quién de esto la causa ha sido.
 Al fin llevo comprendido
 que no tenemos otro amparo
 en el mundo las mujeres
 que el que con juicio nos damos.
 Débiles, confiados seres
 los más frívolos placeres
 como delitos pagamos.
 ¿Pude creer porventura
 que el juego á que me di yo
 guardase tanta amargura?
 Y sin embargo más pura
 de afectos nadie está, no.
 Sin que á hombre alguno estimase
 heme en apariencia aquí
 cual si de muchos gustase....
 Basta yá! Aunque no me case
 dejaré de ser quien fui
 Da. MANUELA—Y si hubiese alguna oferta?....
 LUISA—Esta entre cien (dale un papel)
 Da. MAN— No distingo.
 [sacando los anteojos
 Que letra tan patituerta!
 (leyendo) Williams Druck.....
 ROBERTO—Un gringo! alerta,
 que no se la lleve un gringo
 Da. MAN—Habló el buey y dijo *mú*
 (leyendo) "Usté es un mujer bonito
 "AY LOF VERI MOCH TU YU
 "É YÓ ME CASA CON TU
 "PERO ME CASA PRONTITO,
 Qué Mister Druck ¿tu no accedes?
 LUISA— Sí.
 ROBERTO— Aunque no se desbautice!
 MIGUEL—Vaya! con tales mercedes.....
 LUISA—Pues ya le verán ustedes
 cumpliendo con lo que dice.
 ROBERTO—Tanto soneto perdido!
 ¡Ay! de mí! desengañado!
 MIGUEL—Yo feliz arrepentido.
 D. ANTONIO—No hay más: veáse cumplido
 lo que nos depara el hado.
 Más que necio es quien trabaja
 en acomodar parejas
 pues CASAMIENTO Y MORTAJA....
 LUISA—Si señor, del Cielo baja
 Da. MAN—Aunque nos sorprenda viejas
 [Cae el telón.]

HISTORIA

Una visita á Garibaldi.

Leída en la sesión del Círculo el 11 de Enero último.

Leyendo la historia de la unión italiana sentí muchas veces el corazón latir con violencia, al contemplar aque-

llos héroes que luchando no sólo con extranjero enemigo, sino con el propio hermano, lograron unificar su patria, coronando tal empresa con el hecho más culminante en la historia del siglo XIX: la caída del poder temporal del Papa.

El héroe de cien batallas, el ciudadano modelo por su patriotismo, el infatigable obrero de la libertad, Garibaldi; el «Re Galantuomo», el valeroso soldado de la casa de Saboya, Víctor Manuel; el insigne político y estadista Cavour; el gran revolucionario republicano, Mazzini; hé aquí los protagonistas legendarios de esa magna epopeya.

Garibaldi pertenece á la Historia, no sólo como héroe, soldado ó simple hombre de partido, sino como campeón de la humanidad, invicto é indomable guerrero que sacrificó su vida en aras de la libertad de los pueblos, de la libertad del pensamiento y de la dignidad humana, donde quiera que ha sido ultrajada. América y Europa constituyen el vasto escenario de sus hazañas.

No es de todo punto innecesario entrar en pormenores acerca de la vida de este militar digno de la leyenda, cuya figura pasará á las generaciones futuras como la de los personajes novelescos creados por la poderosa fantasía de Ariosto, Guerazzi y Massimo D'Azzeglio, pues algunos de esos rasgos singularizarán más al héroe que motiva mi narración.

I

Garibaldi nació en Niza en 1807. Dotado de un instinto rebelde y aventurero se alejó del hogar paterno á la temprana edad de trece años. Embarcado en diferentes buques mercantes, recorrió las aguas del Levante, el mar del Norte y los principales puertos de Italia. En uno de sus viajes decidióse á visitar Roma.

«La vista de la ciudad eterna, los monumentos de su gloria pasada, y la evidencia de su abatimiento, dejaron en su corazón una huella indeleble, que unida á sus frecuentes relaciones con Grecia, entonces en todo el entusiasmo de su libertad recobrada, imprimió una resuelta dirección á sus ideas. Sus cartas y rudos fragmentos de poesías escritas en aquella época revelan el fuego de su pasión por la causa nacional, respecto de la cual, sea cual fuere ó haya podido ser su exageración, los más implacables detractores de Garibaldi no pueden negarle el mérito de haberse mostrado fiel á ella, y de haberla servido con tanto fervor como desinterés.»

En aquella época el espectáculo que presentaba Italia dividida en ridículas fracciones y gobernada por señores feudales, como los de la Edad Media, donde el fanatismo religioso había echado profundas raíces, conmovió el ánimo del futuro Gobernador de Roma y de Sicilia; y participando de los dolores de los pueblos sometidos al yugo de tan férreo dominio, juró en la ciudad eterna, como el Libertador de las cinco repúblicas americanas, emprender la lucha y dar libertad á su patria haciéndola grande y poderosa con la unión.

II

Desde 1832 comienza la gloriosa carrera del valeroso «condottiere.» En ese mismo año, después del aborto de la primera conspiración organizada por la sociedad de carbonarios italianos, con Mazzini á la cabeza como jefe y fundador, aparece el nombre de Garibaldi en la lista de los que debieron ser fusilados por la espalda.

Los carbonarios que habían salido de las filas masónicas contaban entre ellos al príncipe Carlos Alberto, rey del Piamonte. Invitado éste por Mazzini á que se pusiera al frente de la Nación, escribiera en su bandera «unión libertad é independencia» y proclamara la libertad del pensamiento, interpretó tan sabios principios como intrigas políticas, y manifestó que sería inflexible en el castigo de los que profesaban tan subversivas doctrinas,

Desalentados los patriotas con tal declaración del irresoluto monarca, y perseguidos muchos de ellos á causa de la debelada conspiración que arriba he mencionado, Garibaldi salió ocultamente de Génova, y en una pequeña embarcación se hizo á la vela con destino al Brasil.

Fué allí donde se reveló el valor y denuedo del soldado y las simpatías por los principios republicanos, y donde empieza también ese largo período de su vida en que los peligros sucedíanse sin interrupción. Marinero, conspirador, corsario, subalterno, jefe, siempre veíasele en los campos de batalla, y en el fragor de los combates blandir el acero en defensa de los principios que con tanta fé había adoptado.

III

La República Argentina, inundada en sangre á la sazón por la guerra unión-federalista y por el despotismo y tiranía del Dictador Rosas, obró en ánimo de nuestro guerrero y obligóle á tomar las armas contra el tirano.

Invitado Garibaldi á prestar sus servicios en la legión de italianos organizada en la República Oriental, para defender su vida y sus bienes, aceptó como simple soldado el llamamiento de sus compatriotas; pero el gobierno, sabedor de sus hazañas, confióle el mando en jefe de la marina republicana, en la cual desplegó toda su pericia é intrepidez, como lo prueban las jornadas «Martín García», Tres Cruces, Col de Bajada y en especial San Antonio, la más importante de las ganadas por el ejército republicano y que á Garibaldi le valió el título de General.

IV

Tal es, en resumen, la vida de Garibaldi durante los catorce años de aventuras en la América del Sur, al cabo de los cuales resonó en Italia el primer grito de guerra contra el Austria, grito precursor de la unificación en toda la península.

Embarcóse inmediatamente acompañado de doscientos de sus valerosos legionarios y de Anita su esposa, la bella é intrepida heroína americana, que con rifle en mano combatía denodadamente en los campos de batalla, contribuyendo no pocas veces á la victoria con tan sublime ejemplo. Algunos años después murió en Italia, durante la campaña contra el Austria, muerte cuyos detalles son en extremo conmovedores. «Más de una vez—dice Garibaldi en sus memorias autobiográficas— me he acusado terriblemente por haberla arrancado del tranquilo retiro en que había nacido, para darle en cambio, peligros, continuas fatigas, privaciones y sufrimientos.

«Este pesar fué para mí mas profundo y amargo que nunca, el día en que en la emboscada del Pó, me vi precisado á saltar en tierra para sustraerme á la persecución de la escuadra austriaca.

«Entonces en el momento mismo en que aún conservaba la esperanza de devolverle la vida, advertí al pulsarla que estrechaba en mis brazos un cadáver.

«Prorumpí en un grito de desesperación y cayendo de rodillas dirijí á Dios una ferviente plegaria. A ella misma, ya inerte, pedí me perdonase porque miraba en aquellos momentos como un verdadero crimen el haberla llevado tan lejos de su país.»

V

Desde los primeros días del mes de Febrero de 1848 manifestábase en casi toda la península una terrible reacción contra la influencia austriaca. La barbarie é insolencia que las autoridades tudescas habían desplegado contra las poblaciones italianas sometidas á su dominio, acabaron por exasperar los ánimos. Tal fué la situación de Italia á la llegada de Garibaldi,

Venecia, Milán y el Piamonte eran los lugares de mayor efervescencia, y en donde las hostilidades entre italianos y austriacos habíanse ya declarado. Carlos Alberto, rey del Piamonte, á la cabeza de sesenta mil hombres iba á atacar las posesiones enemigas en Novara, cuando se presentó Garibaldi á ofrecerle su espada y su vida en defensa de la Patria; servicios que no fueron aceptados por ese monarca, que, si bien fue patriota, buen soldado y el primero que dió una constitución á sus Estados, entorpeció por mucho tiempo la realización del gran problema italiano con la marcada indecisión que caracteriza todos los actos de su vida. Más tarde hubo de arrepentirse de su conducta para con Garibaldi, calificada como uno de los grandes errores de su Gobierno.

La desfavorable acogida en Novara condujo á Garibaldi á Milán, en donde desempeñó comisiones importantísimas. En tanto se agitaba de entusiasmo el pueblo romano por la guerra contra el Austria; y alentado por el buen éxito de la revolución en los demás estados de Italia, pidió, á su vez, ser gobernado con una constitución, la que fué promulgada en el 1848 con el Cardenal Antonelli de Ministro, que á la sazón figuraba con Pio IX entre los más ardientes liberales. «Libertad á Italia,» «Fuera los bárbaros» hé ahí el grito del pueblo; y el Pontífice interpretando el patriótico deseo de éste; al dirigirse á los voluntarios romanos les decía: «como Vicario de Jesucristo estoy en paz con el Universo, pero como Príncipe italiano tengo el derecho de defender la patria italiana. Os bendigo. La causa que defendéis es santa, y Dios la hará triunfar. Os renuevo mi bendición. Combatid y triunfad en nombre del Señor.»

Tan sabios y patrióticos deseos fueron ahogados en breve por la perniciosa influencia del Colegio de Cardenales, *esa manada de lobos, cloaca de infamias*, como Garibaldi solía llamarle.

Jamás pudo salir de aquel antro del oscurantismo acontecimiento alguno que redundara en bien de la humanidad; cadena oprobiosa, que en los siglos que lleva de existencia, maniató siempre la libertad, embruteció el pensamiento y alejó la civilización de los pueblos con excomuniones, encíclicas ridículas y absurdos dogmas que se estrellan ante la Razón. Pio IX que miró con criminal indiferencia caer su patria día á día bajo el dominio del austriaco; Pio IX que sacrificó el más sacrosanto de los deberes del hombre: el amor á la patria; revélase contra lo natural y se constituye en juez supremo de la verdad, declarándose infalible! Tal es la figura del antecesor de León XIII.

Mamiani y Rossi, eminentes hombres de Estado, acompañaron á Antonelli en el ministerio. La traición del Pontífice á la liga italiana, motivó el retiro del primero, célebre filósofo autor de muchas obras condenadas por la congregación del «index». Rossi, más resuelto que su colega, pretendió convencer al Jefe de la Iglesia á que volviera sobre sus pasos, pero el puñal asesino, armado por el Sacro Colegio y demás palaciegos, atravesó el corazón del más insigne estadista del Siglo.

VI

Después de los continuos desastres de Carlos Alberto, Rey del Piamonte, vióse éste obligado, por el desprestigio en que había caído á abdicar el trono en favor de su hijo Victor Manuel. Entusiasta Garibaldi con este acontecimiento que preludiaba ventura para la patria, acudió á Milan con sus huestes poderosas de voluntarios, pero ya esta ciudad había caído en poder del enemigo después del terrible desastre de Novara. Garibaldi decidió entonces marchar á Venecia que combatía heroicamente por su libertad; pero en Roma nuevos é inesperados acontecimientos reclamaban su presencia.

El pueblo romano agitado ya con las infaustas noticias

de la guerra del Piamonte y bajo la triste impresión del alevoso asesinato de Rossi, exigía del Vaticano se organizara un ministerio democrático.

Pio IX aterrado con la severa actitud del pueblo y convencido de que sus únicos secuaces eran las gentes de sotana, abandonó cobardemente la ciudad eterna y fugó a Gaeta. Los romanos libres ya del dominio papal organizaron la República en los Estados pontificios con un gobierno provisional, mientras el fugitivo Pontífice lanzaba desde su retiro amenazas y anatemas contra los patriotas, quienes reunidos en asamblea votaron por una mayoría de 143 votos contra 11 la destitución del Papa como Príncipe temporal y proclamaron tres días después la República democrática.

Alarmadas las grandes potencias con tan graves sucesos, resolvió cada cual marchar sobre Roma para asegurar la libertad del Pontífice. El fanático rey de Nápoles y el emperador de los franceses dieron la voz de alarma y enviaron sus ejércitos a la frontera. Garibaldi acudió a conjurar el peligro. Franceses, napolitanos, austriacos y españoles eran los enemigos contra los que tenía que luchar. Repetidos encuentros y desesperadas resistencias, todo fue inútil ante las fanáticas huestes; aquella generosa ciudad privada de todo auxilio exterior y sólo por sus sacrificios, el valor y constancia de las legiones garibaldinas supo mantener alto, durante mucho tiempo, la bandera de la independencia italiana. Más tarde el Pontífice fué instalado nuevamente en su trono.

VII

Una vez desvanecidas las esperanzas de Garibaldi de ver concluida en su patria la regeneración italiana, resolvió dirigirse por segunda vez á América. Allí lo vemos desempeñar, siempre con su determinado y resuelto carácter los mas humildes empleos para sostener la existencia en el ostracismo.

No encontrando en New-York la manera de ejercer su antigua profesión de marino entró como operario en una fábrica de velas; un año después, fatigado de tan ruda labor, se trasladó al Perú.

Varios historiadores italianos, guiados al parecer por espíritu fanático no consienten que el hombre de la talla de nuestro héroe pueda disfrutar por algún tiempo de reposo, y preséntanle en el peligro como el único elemento en que podía vivir; y es así como aseguran que Garibaldi sirvió en el Perú de General en jefe del ejército, y que logró cimentar la paz y el orden después de muchos sacrificios.

Tan falsa aserción queda desmentida con lo que refiere un escritor francés que se encontraba en Lima á la llegada de Garibaldi.

«Garibaldi dice M. Dabaué—nunca fué General en jefe del ejército peruano, ni siquiera ha tenido un puesto caracterizado en ese ejército. El país gozaba en aquella ocasión de una calma profunda bajo la presidencia del General Echenique, derribado posteriormente por una revolución á cuyo frente se puso el General Castilla. En Lima habian muchos italianos, y entre ellos se contaban lo menos cien emigrados, que en 1849 combatieron en las filas de los cuerpos francos mandados por Garibaldi.

«Indefinible fué la agitación que se apoderó de estos emigrados, al saber que su antiguo jefe iba á desembarcar en el Callao, puerto distante dos leguas de Lima y enlazado con la capital con un camino de hierro. En el acto enviaron al Callao una diputación que recibió á Garibaldi en el muelle, y en medio de gritos de alegría y de aclamaciones, lo condujeron triunfalmente á Lima, en donde los mas distinguidos de sus compatriotas se disputaban la honra de ofrecerle hospitalidad.

«Garibaldi á quien nunca habia yo visto sino en retrato, pasó por delante de mí en la calle de Espaderos

seguido de su acompañamiento. Alto y de talle esbelto; llevaba el pelo y la barba largos; cubría su cabeza un sombrero de fieltro de ala ancha y su cuerpo una túnica corta de color de castaña. Me chocó menos su aspecto marcial que la dulzura de sus facciones, y la modestia con que acogía las muestras de simpático entusiasmo de que era objeto. La colonia italiana, considerándose dichosa en poseer á Garibaldi, le prodigó obsequios y serenatas. No faltaron banquetes en que voces conmovidas brindaron por el eminente soldado ciudadano y por la regeneración de Italia; mas la hora de la guerra santa no habia aún llegado.

«Entre tanto, Garibaldi, que siempre habia despreciado la fortuna, se vió obligado á buscar recursos en su ruda profesión de marino. Un comerciante poderoso de su país, establecido en Lima, el señor Denegri, le propuso el mando de un buque que enviaba á la China. Garibaldi aceptó; completó su equipaje, hizo sus preparativos de marcha y zarpó para su destino.»

VIII

Después de varios viajes á la China, cansado de navegar en extranjeras aguas, Garibaldi regresó á Génova. Cuatro años después con el grito de «Viva Italia y Víctor Manuel» enarbolaba el pabellón italiano en el suelo Lombardo, al mismo tiempo que Francia, su aliada, movilizaba fuerzas á fin de auxiliar á su vecina.

El nuevo rey del Piamonte, Víctor Manuel, admirador de Garibaldi, autorizóle para que organizara un cuerpo de voluntarios que debía denominarse «Cazadores de los Alpes» y confióle el mando en jefe. Este nuevo cuerpo, compuesto de un puñado de valientes y único, tal vez, en la historia de la guerra, realizó las mayores hazañas que tanta fama dieron al pueblo italiano. La camisa roja, glorioso distintivo del voluntario garibaldino fué el fantasma del austriaco; siempre resuelto, ágil, disciplinado y con la sonrisa en los labios, aquél soldado de la victoria combatía á la vanguardia, como el gran guerrillero á la cabeza, desbaratando con ataques imprevistos numerosas huestes veteranas llenas de confianza en su superioridad. «Montebello, Palestro, Magenta, Castenedolo, Solferino» y otros muchos, fueron los campos donde aquella sagrada legión inscribió con su sangre en el pabellón nacional la libertad é independencia de la Patria.

Las tropas de Garibaldi dirigiéronse á Marsala y desembarcaron sosteniendo el ataque de dos buques de guerra napolitanos. Después de Salemi, Alcano, Monreale, San Martino y otras jornadas, los expedicionarios hicieron su entrada triunfal en Palermo, y más tarde, engrosadas sus filas con numerosos adictos, penetraron en Nápoles.

Garibaldi habia conquistado Sicilia y el reino de Nápoles con milagrosa rapidez, sin más recursos, puede decirse, que el poder de su palabra, la firmeza de sus convicciones, la fe en un principio y el ardiente amor por la Patria. Su indomable valor, su impavidez y tranquilidad en los mayores peligros, jamás brillaron con más luz como cuando adelantándose de su armada, entró en Nápoles con solo su ayudante de campo, bajo el fuego de un fuerte formidable. Aquel pueblo que antes habia jurado cortarle en pedazos, arrodillóse ánte él y le adoró como á un Dios. Fué la apoteosis del Héroe.

Derrotado Francisco II, huyó á Gaeta con los restos de su ejército que fueron aniquilados en Valturmo, última batalla que añadió á la corona de Italia las dos preciosas joyas de Nápoles y Sicilia.

Víctor Manuel entró en la ciudad con sus tropas piamontesas, y electo Dictador que habia demitido sus poderes, proclamando al Rey del Piamonte único representante de la causa italiana, se embarcó el 9 de Noviembre de 1860 rumbo á su «Romito de Caprera.» El abnegado patriota, cual moderno Cincinato, habia rehusado toda clase

de honores y ofertas; llevaba consigo, como única fortuna algunas semillas de árboles y legumbres y 1,500 francos!! El que dispersaba ejércitos aguerridos, abatía fortalezas y tronos, iba á cultivar la agreste y solitaria roca que le servía de retiro!

IX

Sin entrar en más detalles sobre algunos hechos importantes desde 1860, pasaré á exponer el asunto cuyo título encabeza el presente escrito.

En los primeros meses del año 1879, resonó en la península ya unificada, la noticia de que el solitario de Caprera, presintiendo, sin duda, el próximo fin de sus días, había resuelto recorrer las principales ciudades de Italia. Antes de alejarse del mundo deseaba dar el último adiós á los lugares donde se había inmortalizado.

Palermo, y en seguida Nápoles, fueron las primeras que hospedaron al gran Libertador en medio de las aclamaciones del pueblo conmovido y entusiasta.

El Síndico de Roma—lugar de mi residencia—había enviado sus comisionados para que invitasen á Garibaldi en nombre del pueblo romano, á que visitara la capital del reino. El telégrafo comunicó la aceptación, fijando al mismo tiempo el día de su arribo á la ciudad eterna.

La víspera de aquel memorable día notábase ya en la ciudad un movimiento y regocijo inusitados; las casas ostentaban en sus balcones festones y guirnaldas entre los que asomaba el pabellón tricolor; la campana del Capitolio tocaba á fiesta; las numerosas corporaciones habían lanzado circulares dándose cita en la «Piazza del Capolo» para pasear durante la noche toda la población y preparar al pueblo á que recibiera á su Libertador é ilustre huésped; todo indicaba que el corazón del italiano palpitaba en aquel día con mayor violencia!

Poco tiempo antes había recorrido yo las páginas gloriosas de la vida del Héroe; y cuando por vez primera llegó á mis oídos el grito de «Viva Garibaldi,» desperté de mi habitual indiferencia y sentí que me unía hacia él con lazos de admiración y simpatía.

La manifestación organizada por las asociaciones romanas, fué imponente y conmovedora. Más de diez mil personas acudieron al lugar indicado y el cortejo se puso en movimiento por la calle del Corso.

Cada sociedad iba precedida por una banda de música, un estandarte y el retrato del Libertador de Italia.

Mientras escuchaba la algazara de la muchedumbre cuyas voces se confundían con las armoniosas notas del himno garibaldino, sentí un vacío y profunda pena en el alma; recordaba entonces á mi lejana patria, y comparando el frenético entusiasmo del pueblo que tenía ante mis ojos con la glacial indiferencia que reina en el mio, algunas lágrimas se deslizaron por mis mejillas: del fueron las primeras que dediqué á mi Patria. Nosotros, pensaba yo, nosotros que contamos en nuestra gloriosa historia con héroes á la par de Garibaldi, cuya luz refulgente ilumina los fastos del Ecuador, como ilumina su cielo el Ottopaxi, permanecemos insensibles cuando celebramos el clásico día de la Independencia sin evocar siquiera el recuerdo de aquellos que la sellaron con su preciosa sangre! Ah! los pueblos que sienten la Patria en el corazón y llevan en la memoria grabada la imagen de sus héroes son los únicos llamados á perpetuarse con grandes hechos, escalando animosos la cumbre del poder y de la gloria!

Tan tristes meditaciones fueron disipadas en breve por un grupo del cortejo que marchaba con mayor entusiasmo que los que habían desfilado ante mi vista: eran los estudiantes; la juventud siempre alegre, la juventud siempre risueña, la juventud siempre dispuesta á poner en manifiesto los nobles arranques del corazón. «Viva la libertad.» «Viva Garibaldi» eran los gritos de esa bohemia simpática. Algo extraordinario sentí en ese momento. Bajé precipitadamente de mi habitación é incorporéme en las

filas juveniles: *Viva la libertad Viva Garibaldi,* grité tan entusiasta como ellos; eco que había llegado hasta el Vaticano, ante el cual estaba acreditada la Legación de la que yo formaba parte. Imposible me fué sofocar los arrebatos del ánimo, y entonces comprendí que el afecto que profesaba á la Nación Italiana, se convertiría mañana en un inmenso amor por mi Patria. Nací para ser patriota...!

Derrotado el austriaco y firmada la paz de Villafranca, Garibaldi abandonó el servicio y dirigióse á su retiro de Caprera á disfrutar de los goces del hogar; pero muy poco tiempo quedábale de reposo; parecía que el destino le hubiera colocado en el mundo para vivir en constante lucha. Su retiro á Caprera debía pues, ser momentáneo.

Sicilia y Nápoles gobernados oprobiosamente por los Borbones, acariciaban hacía mucho tiempo la idea de la unión italiana, y excitadas con el ejemplo del norte y centro de Italia ansiaban asociarse con Francia y Cerdeña que unidas habían luchado en el Piamonte. Francisco II rey de Nápoles y Sicilia ahogó en sangre las elevadas aspiraciones de esos pueblos, hasta que Garibaldi, el paladín de las nobles causas, acudió á redimirlos de la esclavitud en que yacían.

Esta nueva y arriesgadísima empresa fué coronada con sólo 1085 hombres aguerridos que habían acompañado al glorioso guerrillero en las campañas contra Austria. Embarcada en Génova la pequeña expedición, y al cabo de innumerables fatigas y privaciones, no pudiendo seguir la marcha, desembarcó en Taramona, territorio toscano. Aprovechando de aquel contratiempo, envió Garibaldi á cien de sus voluntarios á las órdenes de un Coronel para tratar de distraer las fuerzas enemigas y dar un golpe de mano, sondeando á la vez el ánimo de esas poblaciones; pero todo fué infructuoso, pues permanecieron insensibles á la siguiente proclama que merece ser consignada:

«Romanos! mañana os dirán los clérigos de Lamocière que algunos musulmanes han invadido vuestro territorio. Pues bien: estos musulmanes son los que se han batido por Italia y Montevideo, en Roma y la Romaña, los que recordaréis con orgullo á vuestros hijos cuando llegue el día en que una doble tiranía os deje la libertad de la memoria.

«Si por un momento se han inclinado ante los numerosos y aguerridos soldados de Bonaparte, se inclinaron volviendo la cabeza al enemigo, jurando renovar la lucha y dejar á sus hijos por única herencia el odio ó la opresión y la servidumbre. Acordaos de mis camaradas que pelearon fuera de vuestras murallas, compatriotas vuestros que duermen en vuestras catacumbas, y á quienes habéis dado sepultura porque fueron heridos por delante. Hábiles y poderosos son vuestros enemigos; pero atravesamos la patria de los Scévolas, los Horacios y los Curcios.

«Nuestra causa es la causa de todos los italianos; nuestro grito de guerra el que resonó en Varese «Italia y Víctor Manuel»; y bien sabéis que con nosotros, vencidos ó vencedores, el honor italiano quedará sin mancilla.»

El 11 de Junio debía entrar Garibaldi en la ciudad eterna. Engalanada ésta con arcos triunfales, banderas, trofeos y flores, se esperaba con ansiedad el arribo del Héroe. La muchedumbre había tomado por asalto la estación del tren, las calles y plazas públicas por donde podía ser visto el ilustre huésped. Un murmullo de satisfacción dejábase oír en los grupos: el tren había llegado y Garibaldi era ya el objeto de la adoración del pueblo.

Al cabo de una hora pude presenciar el más tierno de los espectáculos. Garibaldi yacía en el coche casi sepultado entre flores y coronas; apenas veíasele el poncho tradicional y un pañuelo rojo en el cuello. Los pocos Garibaldinos, compañeros de sus hazañas y de sus glorias, ostentaban la legendaria camisa roja; y en el pecho medallas que recordaban asaltos de fortalezas ó banderas tomadas al enemigo. Ellos arrastraban el coche de su jefe que rodeado por el pueblo adelantaba lentamente. Gari-

baldi inmóvil, con el semblante lívido, presenciaba tan elocuente manifestación sin poder moverse ni articular palabra. Su hijo Menotti pasaba de vez en cuando un pañuelo por las pálidas mejillas de su padre. El hombre de hierro, el vencedor de cien batallas, lloraba; lloraban sus soldados, lloraba el pueblo; aquellas lágrimas eran la historia de Italia. Terminada la peregrinación del guerrero, pues no puede clasificarse de otra manera, llegó á la casa de su hijo Menotti situada en una callejuela transversal del Corso.

Benito Juárez, Secretario de la Legación de Méjico acreditada ante el Quirinal, y desde cuya casa había presenciado yo tan conmovedoras escenas, era amigo de Garibaldi á quien conoció en su retiro de Caprera.

Fué el hijo del gran mejicano del mismo nombre, quien me procuró la satisfacción de estrechar la mano del italiano insigne.

El 14 de Junio llegó por fin la hora deseada.

Subimos la oscura y angosta escalera de la casa, y después de pasar por dos habitaciones casi vacías, nos hallamos en la antecámara, donde tuvimos que esperar algunos minutos.

Juárez entregó su tarjeta á un Garibaldino que hacía las veces de introductor.

Llegó nuestro turno de ser presentados; y al atravesar el umbral de aquel aposento donde se encontraba el Héroe, sentíame profundamente conmovido.

—Salud general— dijo Juárez avanzando hacia Garibaldi,

—Me es grato ver al señor Juárez— contestóle fijando en él sus miradas.

—Dudaba— continuó Juárez— que U. recordara de su amigo.

—Whashington, Bolívar y Juárez, son nombres americanos que nunca olvidaré—repuso entonces Garibaldi.

En seguida fué presentado; y ántes de que mi amigo concluyera de pronunciar mi apellido, Garibaldi me había extendido cariñosamente su ruda mano, la que estreché entre las mías con emoción vivísima.

Garibaldi hallábase en una pequeña habitación, donde no había otro adorno que un retrato de Víctor Manuel, suspendido en la pared en un marco dorado. Una cama, una mesa y cuatro sillas, hé allí el mobiliario de esta curiosa estancia.

Recostado en un sillón de paja, apoyaba sobre una almohada su cabeza cubierta con un gorro de terciopelo negro. El poncho que jamás abandonó sino en los combates, para mostrar la histórica camisa roja al enemigo, completaban el modesto traje de uno de los más grandes capitanes del Siglo.

—Y el amigo de U es sud-americano?—preguntó Garibaldi dirigiéndose á mi compañero— siempre he tenido por ellos especial simpatía. Anita fué también americana.....

Este nombre fué pronunciado con acento melancólico.

—De qué país es U?— añadió dirigiéndose á mí con interés.

—Del Ecuador— contesté con voz que aún denotaba emoción.

—Conozco Guayaquil— repuso Garibaldi —y recuerdo su exuberante vegetación, las buenas frutas y el excesivo calor. ¿Y existen todavía los Jesuitas en su patria?—preguntó con marcada curiosidad.—Ese país ha sido siempre católico por excelencia!

—Nó, mi general— repuse entonces con voz más segura, tratando de que no advirtiera que en ese momento faltaba por patriotismo á la verdad.

—Creo que el Ecuador—prosiguió—no ha aceptado con agrado la ocupación de Roma.

—No general—repliqué con presteza—No fué el Ecuador sino García Moreno, Presidente entonces. Los pueblos no pueden ser responsables de las acciones de los despotas.

—Así es—concluyó Garibaldi, con sincera amabilidad,

al mismo tiempo que me brindaba su mano por segunda vez.

El aspecto dulce, el rostro franco, y la simpática voz con que me dirigía la palabra, disiparon por completo la timidez que se había apoderado de mí. Conversaba él con tanta naturalidad, que inspiraba la mayor confianza, y entonces sentí un verdadero placer en escucharle, al mismo tiempo que cobraba ánimo para hacerle alguna pregunta.

Después de un corto diálogo sostenido por mi amigo sobre la isla Caprera, pedí al general me dijese por qué los hombres eminentes buscaban la soledad después de sus hazañas.

—Yo, contestó sonriendo—yo vivo en Caprera sólo por disfrutar de tranquilidad. En mi retiro no hay Papas, frailes ni tiranos que turben mi reposo y el de mi familia.

Ibamos ya á separarnos, cuando Garibaldi manifestó al joven Juárez el deseo de tener el retrato de su padre, el Héroe mejicano, á lo que mi amigo accedió muy gustoso. En ese momento tuve la feliz idea de manifestar, á mi vez, al general, que los americanos abrigábamos igual deseo con respecto al Héroe italiano.

—Pretendo— dije con franqueza— pretendo algo que me recuerde esta visita, algo que mantenga vivo ante mis ojos al Genio de la libertad italiana.

El general pidió á su hijo Menotti dos retratos, en los que firmó con su mano casi parálitica: «Garibaldi»

Al entregarme el retrato dijo fijando en mí sus hermosos ojos azules «No olvide á Garibaldi; sea U. liberal y trabaje siempre por la libertad de su patria.»

Estreché, por última vez, la mano de ese hombre extraordinario y salí verdaderamente encantado de tan cordial entrevista.....

Hoy, cada vez que miro la veneranda figura del Héroe, recuerdo que aún me queda un deber sagrado que cumplir: «luchar siempre por la felicidad de mi patria.»

JOSÉ I. DE VEINTEMILLA.

CRÍTICA

CASTELAR IMPOSIBILISTA.

ADOPTADO.

Como se ve, el sentido moral de D. Emilio, ha quedado muy alto, tan alto que no le alcanzan las águilas ni los cóndores, que parece son los pájaros de más alto vuelo.—Y como en el Congreso de los diputados podrá dejar de admirarse el mérito, pero no la dignidad, de aquí las lágrimas del generoso Sagasta, los abrazos del noble Navarro Rodrigo, los apretones de manos de los yernos y el beso de Alvarado, ó de quien se le diera, pues consta que alguien le besó,

Se comprende que la Patti parlamentaria (estilo Albarreda], descargado el corazón de aquellas vergüenzas del republicanismo que le han tenido, bien contra sus deseos, o preso tantos años; llena el alma de la furia de felicitaciones que sobre él caían, al salir á la calle, desplegasen como el pavo real la cola, y soplase fuerte, para echar fuera del cuerpo el último resto de federalismo y libre pensamiento que en él pudiera haber quedado. Y se comprende también, que al llegar á casa y verse telegráficamente felicitado por el ex-monárquico y ex-republicano García Monfort, de Valencia, por el indispensable Camooscense, y por un tal Eusebio García, de Bilbao, que son el trípode en que ha de descansar la fama futura de D. Emilio, este portentoso rodrigón monárquico, como aquel

que está bien comido y bien bebido, se echase en la cama y se quedara dormido, soñando en que después de Dios la casa de Quirós, y el alfa y omega de la historia contemporánea su discurso del martes 7 de Febrero.

Al tiempo que él dormía, velaba yo y me reía, pensando que no hay boda sin tornas, y que el casamiento de D. Emilio con la monarquía (única hembra capaz de satisfacerse con semejante varón) las habría de traer famosas. Tenía mis datos. En el barullo de las felicitaciones, cuando un cursi se permitió gritar ¡Viva Castelar! había dicho la voz severa del general Salcedo, viendo al jefe de un gobierno monárquico abrazar al jefe de un *soit disant* partido republicano: eso es una traición. Había visto también en la de suyo fosca cara de Gumersindo Azcárate, erizarse los poco suaves pelos del bigote, cuando don Emilio le tuteaba y le llamaba pariente por afinidad, parentesco que nunca saco á relucir, cuando me toca ser el primo en sexto grado de la mujer de un amigo. Había notado los movimientos nerviosos de Pidal, que es un neo demagogo, un Chaumete vuelto del revés. Había, en fin, observado que en salones y cafés, en teatros y Casinos, cuantos hablaban de Castelar era para zurrarle, así monárquica como republicanamente. Y me decía: ¡no faltará yo mañana al Congreso: quiero averiguar para qué D. Emilio se mandó enterrar retóricamente boca abajo, y con poca tierra sobre las posaderas!

Y, vino el día siguiente, y, desde el café, uno de esos cafés á que tiene tanto aborrecimiento Castelar, porque en ellos con tanta razón le despellejan los que de él no se dejan engañar, me fui al Congreso y me dispuse á ver la carrera de baquetas que iba á sufrir, en justo castigo á su perversidad, la más cobarde y rastrera de las claudicaciones políticas de nuestros tiempos.

Mucho esperaba; pero lo declaro, la paliza fué tal que superó mis esperanzas. Ni Cuatro dedos, ni Cacheta, ni el Gordito en sus últimos días, ni Currito Cuchares en sus tardes de desgracia, ni el propio y desventurado Ojitos cuando se mete á estoquear, recibieron silva ni fueron héroes de broncas tamañas á la bronca y silva que acompañaron las tornas del matrimonio morgánico del Olímpico con la Democrática. Gumersindo Azcárate le rejoneó, rasgándole de alto á bajo la paletilla; Pidal le colocó en su sitio preciso un par de banderillas de fuego; Sagasta, después de citarle con *El Libertad, La Justicia, La República* y otras muletas de varios colores, le atravesó del morrillo al rabo el averiado republicanismo con una espada de dos filos, entregándoselo al Monstruo, que le dió la puntilla á la primera.

¡Lo qué es un corazón sensible! Yo que había precisamente acudido á recrearme en aquel espectáculo, yo que tengo muchas razones para alegrarme de que D. Emilio se haya al fin y la postre ido con los monárquicos, por que de esta suerte el enemigo, que yo había dicho por él *que estaba en casa*, le tenemos ya *fuera de casa*, donde nunca podrá hacer tanto daño, al verle tan mal trecho sentí cierta pena, y hubiera deseado, sobre todo cuando se encaró con Pidalete de mis pecados, que ya que es orador de rayos y centellas de guardarropía, hubiese por esta sola vez siquiera forjado un rayo de verdad su portentosa elocuencia, para taladrar con él al que tantas veces me denunció. Pero, ¡qué si quieres! Siguiendo la comparación torera, declaro que jamás he visto colmenareño más blandón y huído que el miércoles estuvo don Emilio con los de pie y de á caballo. La voz cascada, la actitud abatida, el ánimo flojo, la palabra estropajosa, el período destartalado: hé aquí el Castelar de las varias réplicas. ¡Pobre hombre! Desde que, *autoritate propria*, ha impuesto á toda nuestra generación la monarquía democrática, boca abajo en su sepulcro, se ha convertido en las legendarias posas del fraile, donde todo el mundo descarga azotes.

Todo ello por desafiar, en las propias horas en que volvía al redil católico, este refrán de la superstición tradicional: en martes, ni te cases ni te embarques. ¿Quién

aconsejó á don Emilio casarse con la monarquía, y embarcarse en la desmantelada nave de la fusión en día tan nefasto? — No fué su gusto, ya lo sé; que fué la manzanza de Ríotinto, que vino inopinadamente á rellenar la sesión del lunes; pero dada su legítima influencia con el señor Martos ¿por qué no hizo aguardar al miércoles á ese público especialísimo, que de lo que menos tiene es de político, acostumbrado á las barcarolas, romanzas y serenatas retóricas de la Patti parlamentaria? — De hacer esto hubiera sido abrazado en miércoles y apaleado en jueves, pues solo veinticuatro horas, ¡oh frágil y mudable fortuna! tardó en aguarle el gusto á D. Emilio.

Conclusión: Que Castelar se ha quedado como el gallo de Morón, sin plumas y cacareando, quiere decir, sin programa republicano, pero agitando la cresta y ahuecando los alones, dispuesto á darle un espolonazo al primer orador que se permita poner en dudas que fué, es y será, el primer republicano de España, el más grande orador de Europa, el más hábil político del mundo y el más desdichado apóstata del Universo.

Y que yo, reconociendo y declarando todo esto, y cuantas cosas además en el punto de su acreditada vanidad me exija don Emilio, después de haberme reído con toda la boca al verle zarandeado y baqueteado por el neófito Azcárate, y el demagógico Pidal, y el maléfico Cánovas, y el maquiavélico Sagasta, siento cierta especie de interna satisfacción al saber que ya no tenemos en casa el enemigo los republicanos, sino que con sus apóstrofes al Pindo y al Pelión y sus evocaciones á las sombras de los faraones y los caldeos, que son sus armas favoritas, y el bagaje de media docena de ministros disponibles, se ha pasado á la monarquía para democratizarla, rogando á Dios que le resulte este nuevo empeño tan posible como le ha resultado, al cabo de trece años, el otro á que debe el título de posibilista, ya mandado recoger; con lo cual aquellas generaciones futuras, á cuya veneración modestamente se recomendaba, habrán de apellidarle, si quieren resumir en una palabra toda la vida y milagros del héroe D. Emilio, Castelar el imposibilista.

EDUARDO DE RIOFRANCO.

Madrid, 1888.

REVISTA DE LA QUINCENA.

La guerra con Chile nos condujo á la impotencia más absoluta, nos empobreció, nos humilló y aún podemos decir que nos infamó; pero en medio del oprobio consiguiente á la derrota, conservamos un algo de dignidad, y ese algo, que se llama *vergüenza*, lo vamos perdiendo con rapidez asombrosa y sin pudor ni miramiento alguno.

Apena ver que el Gobierno, el defensor natural de las leyes tutelares del Estado, fomente la perversión y relajación de los preceptos sociales que deben existir en toda administración medianamente bien constituida.

No queremos, ni podemos culpar al General Oáceres de las humillaciones y vejámenes que sufre el país, por la ignorancia y falta de patriotismo de sus actuales ministros.

El militar que está acostumbrado á la vida de campaña, donde los centinelas se presentan tales cuales son, sin caretas ni disfraz alguno, no atina á distinguir el espíritu — que no calificaremos por respeto á nuestro propio decoro — que domina á sus áulicos ó consejeros.

Estos son los únicos responsables de los males que ocasionen al Perú la falta de circunspección, veracidad y patriotismo que se advierte en los actos gubernativos.

El Ministro de Relaciones Exteriores, y con él todo el

Gabinete, ha sido desmentido oficialmente por el Representante de la República francesa.

Sepa el pueblo que el ministerio que negó la existencia del *Memorandum*, que hizo apresarse á ciudadanos honrados por supuesto delito de falsificación, conoce y está al corriente de los manejos infames de un grupo de nuestros acreedores con el Gobierno de Chile, es decir, con el Gobierno que trama sordamente la total destrucción del Perú.

Otro hecho cierto y vergonzoso para el país, que también conoce el ministerio Denegri, es la protesta del Gobierno francés contra todo arreglo *aleatorio* para los tenebrosos de bonos peruanos representados por Mr. Guillaume.

Y, sin embargo, con conocimiento de todos estos hechos, dijo a la Cámara que nadie ni nada se oponía á la celebración del contrato Aspillaga-Donoughmore, y empeño su palabra oficial como para dar mayor fuerza á sus aseveraciones.

Que dirá hoy al verse desmentido por un Ministro extranjero? ¿Apelará de nuevo á las abogaderas y argucias de los tinterillos de mala ley? ¿Continuará engañando al General Cáceres y obligándolo á arrastrar al país por la senda de la aberración y la ignominia?

¡Oh! el ministerio que tales iniquidades comete, no es digno de acompañar al caudillo de la regeneración patrial!

El General Cáceres si desea que su gobierno sea paternal y bendecido por los pueblos, debe rodearse de hombres que defiendan no intereses personales, las más veces mezquinos, sino que trabajen por la consecución del bien y felicidad del país.

Esperamos que nuestro actual Presidente, aprovechándose de la lección dada á los pueblos americanos por el General que rige los destinos de Guatemala, escuche la voz de la juventud independiente y patriota.

*
*
*

Hasta el Poder Legislativo parece que se prepara á recoger las cenizas que resulten de la cremación de ese esqueleto ensangrentado que se llama Perú.

Una *mayoría* sin fe en el negocio que defiende y sin prestigio por efecto de ese mismo negocio, pretende consumir por la fuerza lo que nunca conseguiría por las vías legales; mejor dicho, lo que no se halla en ánimo de defender en el terreno de la discusión imparcial y concienzuda.

Cincuenta y dos Representantes pretenden hacer enmudecer á treinta y tantos patriotas que ven claro y muy claro en el Contrato!

Quienes no llevan vendas de oro en los ojos, ni encañen su corazón con el roce del vil metal, tienen indudablemente que revelar al pueblo muchas miserias y muchas vergüenzas; y esto, según vemos, es lo que se propone evitar la pretendida mayoría.

Decimos pretendida, por que no creemos que sólo el número dé valor y legalidad á las decisiones de un cuerpo colegiado.

Entendemos por mayoría en una Cámara, un grupo de Representantes, más ó menos numeroso, en el cual predominen la inteligencia, el civismo y la dignidad.

Las mayorías de simple número son cuerpos oligárquicos, cuerpos que tienden á la opresión y al dominio de la fuerza sobre la conciencia y la libertad del individuo.

Tal es la mayoría de la Cámara de Diputados.

Los amigos del Contrato,—la *mayoría*—exigieron primero la discusión de este inicuo negociado, y cuando comenzaron las *revelaciones*, pidieron la restricción del uso de la palabra; y, por la fuerza del número, sancionaron el abuso más inusitado y de peores consecuencias que se ha podido aprobar en parlamento alguno.

Mañana, es decir, dentro de 15 ó 20 años, se pactará la total venta de la soberanía peruana, y los patriotas se verán precisados á enmudecer ante los traidores!

A este fin conduce la moción sancionada *de hecho* en la Cámara de Diputados.

Necesario es creer que el Presidente de esa Cámara y diputados que componen la *mayoría*, estén mareados con los gases fétidos que despiden el Contrato. No de otro modo nos explicaríamos esa impaciencia febril y culpable que manifiestan porque se apruebe el negociado Aspillaga-Donoughmore, y las trabas que ponen á la minoría para que no examine y descubra al país, la *ferocidad* del mencionado arreglo.

Las más amplia libertad se debe conceder á los opositores, para que hagan luz en el asunto que se debate.

Mr. Elías Regnault, uno de los defensores acérrimos de las mayorías, dice lo siguiente:

La consecución del progreso depende de las minorías, y por esta razón, es necesario que ellas hagan oír su voz á fin de que las mayorías entren en las vías nuevas, en las vías del progreso.

«La más completa libertad en la discusión es el mejor medio de obtener este resultado, pues dicha libertad robustece los esfuerzos de la minoría.»

«Además, los derechos de la mayoría se justifican y legitiman por las garantías acordadas á la minoría.»

En nuestra Cámara, desgraciadamente, se quiere subyugar á la minoría á un capricho, tal vez criminal, de la mayoría.

¿Razones?—El contrato es un negocio y debe sancionarse, cueste lo que cueste.

Pedimos en nombre de la justicia, de la moralidad y del derecho, garantías para la minoría y también para la barra que asiste á presenciar las sesiones de la Cámara.

Esa barra, compuesta no ya de criminales asalariados sino del pueblo culto y honrado de nuestra capital, no goza de libertad para entrar en la Cámara; y se le quiere arrebatar, cuando se le permite la entrada al salón de sesiones, el derecho que tiene de aprobar ó desaprobar lo que le parece bueno ó malo, ó más ó menos conveniente á sus intereses, que son los del país.

Lastima al patriotismo oír la palabra *vendido* en el seno mismo de la Representación Nacional, como sucedió el otro día cuando el señor Valle hacía despejar la barra.

Queremos evitar nuevos escándalos y por eso insistimos en que se conceda libertad á la minoría para expresar sus ideas, y á la barra para hacer *demonstraciones*, siempre que ellas guarden consonancia con el respeto debido á los Representantes de la Nación.

*
*

Nuestros políticos parecen marionetas sujetos con hilos de oro á la bolsa de Grace.

Todos esperan la solución del Contrato, para *exhibir sus méritos* y asaltar—con la compra de votos y la coacción del derecho de sufragio—la primera magistratura de la República.

Hé aquí, sin duda, la causa de la paralización de los trabajos eleccionarios.

¡Ojalá el pueblo no se deje engañar nuevamente por esos *Caprívoras* disfrazados con la piel de sus víctimas!

*
*

La literatura nacional continúa momificándose.

Nuestros académicos no desean darnos á conocer, por segunda vez, el significado de los vocablos *academia* y *diccionario*; pero ni aún ridiculo, que no aplausos quieren cosechar, asistiendo, *en traje de carácter*, á una nueva misa en sufragio del alma de Cervantes....

Cuanto á los literatos del Ateneo, poca cosa tenemos que decir.

Evolucionistas por sistema y principios, fueron *parásitos* en los tiempos primitivos de su formación, es decir, vinieron *pegados* á las viejas tradiciones; después fueron

moluscos que giraron entre una órbita muy reducida, y por último, hoy son *garrapatas* que quieren volver *gacha* la literatura nacional.

Consérvelos el Cielo para que las generaciones venideras estudien en el cerebro de esas momias literarias, la petrificación de las letras!

* *

En medio del desquiciamiento social y literario que nos amenaza de muerte, tenemos que admirar una acción sumamente meritoria: el brindis del marino argentino.

¡Oh! Cuánta generosidad y energía ha manifestado el señor Barraza en el «Club Valparaíso!»

Brindar por Grau en el baluarte de sus victimarios, es la más bella lección de nobleza e hidalguía que ha recibido el mundo desde su formación social y política!

Nosotros vemos en la conducta del marino argentino un severo reproche, no á la juventud chilena, á esa juventud envilecida con el saqueo de un pueblo indefenso, sino a la juventud peruana, es decir, a los que luchan por despertar del sueño cataléptico en que los infortunios de la Patria han sumido á los vencidos de Arica, Angamos y Huamachuco!

Nosotros conmemoramos las glorias de nuestros heroes cada año, y un marino extranjero nos enseña á conmemorarlas á cada instante.

La gratitud que abriga nuestro pecho por el hijo de la más grande de las naciones sud-americanas, es inmensa y justísima.

Nuestros hijos, aprenderán, antes que nuestros nombres, á amar al marino cuya heroicidad y nobleza son sólo comparables con el genio y la resignación estoica de Grau.

* *

Las crueles enseñanzas del pasado van galvanizando, aunque lentamente, el espíritu de nuestros compatriotas.

El recuerdo de los infortunios acaecidos á la Patria, no atrofia ya el cerebro de la juventud, ni la obliga á derramar lágrimas de conmiseración sobre las tumbas de los culpables; por el contrario, enciende su pecho en indignación, da mayor consistencia á su cerebro y la incita á pensar como deben hacerlo los que de un paralítico anémico y casi moribundo, procuran formar un hombre sano y robusto.

Los culpables quisieran ahogar el patriotismo de los jóvenes y succionar la savia que alimenta esos corazones repletos de sangre y hierro; en cambio, las almas nobles y puras los alientan en su tarea de regeneración y progreso.

Por eso vemos que mientras en Lima, donde el cinismo y la indignidad aún imperan, el «Círculo Literario» es befado y casi escarnecido, en el resto de la República es ensalzado; y, lo que es más, bendecida su patriótica misión.

Presentaremos pruebas de lo que llevamos dicho.

Hé aquí la primera:

«Con un material escogido, como por quien sabe hacerlo, elegantemente impreso y envuelto en un forro rojo como la sangre ardiente de sus redactores, nos ha hecho la primera visita «El Radical», publicación quincenal que sirve de órgano al CÍRCULO LITERARIO de Lima.

«A fin de que nuestros lectores puedan formarse un juicio exacto respecto de este nuevo periódico, copiamos á continuación tres párrafos que tomamos de su primer editorial, el cual es debido á la hábil y patriótica pluma de Manuel González Prada:

«Este periódico, quincenal por ahora, etc.»

«Aquí no se viene á defender un partido, sino á trabajar por una causa, etc.»

«Donde se profesa la mentira, etc.»

«El CÍRCULO LITERARIO es una agrupación compuesta de lo más notable de la juventud de Lima en materia de artes,

ciencias y literatura; de aquella juventud que quiere romper con el pasado dejándonos enseñanzas provechosas para el porvenir; y su órgano de publicidad, necesariamente, tiene que ser digno de misión tan noble como elevada y patriótica.

«Por nuestra parte, nos honramos enviando, desde las columnas de nuestra modesta hoja, la felicitación más sincera al CÍRCULO, haciendo votos fervientes porque, cumpliendo, como no dudamos, el programa que se impone de muchos y prosperos años de vida al colega cuya aparición saludamos.—«EL VILCANOTA» de Sicuani.

* *

Hé aquí la segunda:

«Este nuevo periódico cuyo canje hemos recibido, apareció el 1.º de Enero como el órgano del ya afamado «Círculo Literario.»

«Si la juventud que lo sustenta se conserva unida, fuerte é incontrastable en su espíritu, el país tendrá en el «Círculo,» con el andar del tiempo, un consejero sano, una palabra de aliento sincera, un centro de patriotismo incorruptible.

«La juventud se pierde, generalmente hablando, con el mal ejemplo de la generación que decae, y si una asociación como el «Círculo» no se interpone entre el fulgor siniestro que se va y la irradiación que se levanta, el cielo de nuestra patria continuará nublado con los vapores de la inmoralidad tradicional.

«Contra ese pasado que nos ha traído tantos males y que todavía, aunque esqueletizado, brega por contaminarnos; contra ese pasado, hay que preservarse como nos preservamos del microbio, empleando el fenol y los demás desinfectantes.

«Prevenido el contagio, bien se puede repetir, como consigna, la viril palabra del Presidente del «Círculo.»

«Donde se profesa la mentira como sistema de Gobierno, etc.»—«EL PROGRESO» de Catacaos.

* *

Hé aquí la tercera:

«Hemos recibido también en este último vapor el primer número de «El Radical» y es grande la honra que aceptamos junto con esta nueva publicación de Lima, compuesta de hombres ilustrados é independientes como el señor M. G. Prada, cuya palabra de aliento viene haciendo el prospecto de «El Radical»; y basta su ardiente y patriótica labor y su palabra empeñada, para que el país cuente entre los órganos de publicidad é instrucción con una antorcha luminosa más que le guíe por el buen sendero.

«Confiando en su promesa de que «El Radical» «será un elemento sano, en medio de una inmensa fermentación», felicitamos á sus redactores por sus patrióticos propósitos y saludamos con placer al joven don Teobaldo Elias Corpancho que colabora allí, por ser uno de los hijos predilectos del que fué nuestro muy grande amigo, el poeta doctor don Manuel Nicolás Corpancho. Deseamos á todos un feliz éxito en sus trabajos.

«Allí también concurre la musa previsora, ardiente, tierna, entusiasta, apasionada, del Sr. Germán Leguía y Martínez, por la Patria. Le felicitamos por el honroso puesto que ocupa en el campo de las letras peruanas.»—«EL COMERCIO» de Piura.

En nuestro próximo número continuaremos publicando las demás pruebas, y haremos un estudio comparativo entre lo dicho en Lima con relación á EL RADICAL y la manera como se expresan en los demás pueblos de la República y en el extranjero, de este periódico y del Círculo.

IMP. DEL UNIVERSO DE C. PRINCE

CALLE DE LA VERACRUZ, 71—LIMA.